

Sr. Franz VRANITZKY (Canciller Federal, Austria) (interpretación del alemán): Señor Presidente, Señoras y Señores, el año pasado todavía tuvimos ocasión de recordar que aquí, en esta espléndida ciudad, cuya hospitalidad estamos disfrutando, lo mismo que la hospitalidad generosa del Sr. Presidente François Mitterrand, aquí - digo - se articularon hace más de 200 años los grandes ideales de "libertad, igualdad y fraternidad". Y desde aquí esos principios han ido plasmando de manera honda y duradera a Europa y al mundo que queda más allá de ella. Lo recuerdo porque esos ideales y esa visión del ser humano en consonancia con ellos han impregnado también el proceso de la CSCE y son el motivo principal de la declaración que en esta Conferencia vamos a corroborar con nuestra firma.

Han pasado algo más de 15 años desde que el Acta Final de Helsinki fuera firmada en una primera reunión de máximo nivel de la CSCE. Con ese motivo, otro jefe de Gobierno austriaco, Bruno Kreisky, declaraba que la gran importancia de la CSCE reside en que hace que la discusión entre los dos grandes sistemas sociales de nuestro continente transcurra por cauces pacíficos. El declaró entonces - y fue el único que lo dijo de forma tan clara en ese momento - que el debate ideológico no por ello desaparece, pero que terminaría por imponerse en él el principio de la democracia por ser el más humano. La historia le ha dado la razón.

El proceso de la CSCE, que se inició así hace 15 años en Helsinki, terminaría por acallar la confrontación Este-Oeste, que por su propio dinamismo tendía a la escalación. Esto se lograría principalmente ampliando los contactos y poniendo en primer plano lo que es común a todos los europeos en ese conflicto y a pesar de ese conflicto.

Sin embargo ahora, ese gran antagonismo, esa gran confrontación, ha tocado a su fin y se plantea la cuestión de saber cuáles van a ser las tareas futuras de un proceso que fue creado con el objetivo explícito de superar confrontaciones. La respuesta es sencilla. Al ceder o al superarse la confrontación, para nada se puede decir que con ello se ha creado un orden pacífico y duradero. Los cambios necesarios conllevan irremediabilmente

Sr. Vranitzky

inseguridades. El contrarrestarlas requiere una mayor cooperación, una cooperación en una base cada vez más amplia. No se puede decir que el continente ahora, al desaparecer ese antagonismo, automáticamente y orgánicamente pase a una unidad armónica nueva y sin peligros.

Entre los antiguos adversarios hay hoy día disposición al diálogo, hay la conciencia de intereses comunes, hay el reconocimiento de una responsabilidad común. Al decrecer la importancia de las alianzas militares y sistemas de pactos, se ha liberado nuestra visión para ver mejor aquellas cuestiones que afectan a nuestro continente en su universalidad. Tenemos mayor campo de acción, lo hemos conquistado para consagrarnos a la defensa de lo que son los auténticos intereses paneuropeos.

Uno de los grandes éxitos del proceso de la CSCE fue el que partió de un concepto muy amplio y claramente definido de la seguridad, que comprendía el fortalecimiento de la seguridad militar, el respeto de los derechos humanos, el desarrollo de cooperaciones multilaterales, como un todo, un conjunto equilibrado y ponderado. Seguridad por lo tanto como producto final abarcante de los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad.

Pues bien, no me cabe la menor duda de que se ha intensificado claramente durante los últimos años la seguridad militar en Europa. Pero sería ingenuo y miope, desde el punto de vista político, el no ver ahora los demás problemas, el pasar por alto los nuevos problemas que encierran un potencial de amenaza para la seguridad, si dejáramos de buscar medidas correctoras rápidas y eficaces. En primer lugar, estoy pensando en las desigualdades económicas, en las considerables diferencias de bienestar, en los innumerables problemas sociales no resueltos, en el creciente deterioro del medio ambiente y en el resurgimiento de los sentimientos y emociones nacionales con todas las tensiones que ello conlleva.

La nefasta división de Europa tuvo efectos profundos y - seguramente - duraderos. Esto se refleja también en el ámbito de la economía. El hecho de que el sistema económico comunista, el sistema de la planificación centralizada, no haya sido muy eficiente, el que haya llevado a un desfase creciente tecnológico, a un bienestar cada vez más exiguo, esto era algo que todos sabíamos desde hace mucho tiempo. Pero el que se haya reconocido esto por doquier y que en la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en

Europa en Bonn haya conducido a la aceptación de los principios de la economía de mercado, es algo muy loable, pero no es mucho más que la tan necesitada adaptación a la realidad. Ahora bien, con la sola aceptación de la economía de mercado no vamos a lograr, como si fuera una fórmula mágica, resolver las dificultades concretas con las que tienen que enfrentarse los que fueron Estados comunistas. Estas dificultades no se pueden superar sin la cooperación con los Estados que poseen la riqueza.

Evidentemente, se suele destacar que esta ayuda sería vana e inútil si en los Estados afectados no tuvieran lugar, de forma enérgica y consecuente, las reformas necesarias para estos cambios. Pero sería frívolo dar la impresión de que esas reformas simplemente van a ser rápidas y fáciles de realizar y que para ello sólo se necesitan un par de cambios de leyes y de condiciones marco.

La amplitud de la ayuda exterior debe ser esencialmente mayor que todo lo que hasta ahora se ha previsto. Habrá también que pensar en ayudas y en subsidios, tal y como los han percibido y conocido en la época de la posguerra los países de la Europa occidental, entre ellos Austria, mi país. Finalmente, será necesario encontrar una solución aceptable para todos del peso de la deuda.

También sería poco realista pensar que los Estados de la Europa central y del este van a estar en condiciones de poder superar los enormes deterioros del medio ambiente sin ayuda masiva por nuestra parte: esos deterioros que han sido obra de gobiernos que despreciaban los derechos humanos y la protección del medio ambiente.

Muchos Estados de occidente están vinculados a los países y Estados del Este a través de relaciones bilaterales de ayuda y cooperación. Una ayuda económica y financiera, organizada y coordinada internacionalmente, debería completar ahora esas relaciones bilaterales.

No debiéramos perder tiempo ni demorar política y organizativamente esa cooperación. Ello exige aportaciones importantes y concretas por parte de nuestras sociedades industrializadas y ricas.

Hay que convencer a nuestros pueblos de que la desestabilización económica en los países vecinos del Este puede conducir a desestabilizaciones

Sr. Vranitzky

políticas. Por lo tanto, hay que evitarlo, evitarlo en interés de la estabilidad paneuropea, es decir, en interés también de la estabilidad de cada uno de nuestros países.

Además de los problemas económicos y de sus consecuencias sociales y políticas, pesa sobre nosotros otro peligro para el futuro de nuestro continente. Se trata de la amenaza de conflictos crecientes entre minorías étnicas y nacionalidades. Los conflictos entre Estados están pasando a segundo plano. Pero con ello no se conjuran los fantasmas de la intolerancia, el temor recíproco, el menosprecio mutuo y, por desgracia, también del aborrecimiento de unos hacia otros. Esos fantasmas surgen hoy día de fronteras que no son ya las fronteras nacionales.

Contra ellos no hay, en último término, más remedio eficaz que la aceptación constante del pluralismo: de un pluralismo que debe entenderse como constructivo, enriquecedor y creativo. La cooperación y la integración deben ir acompañadas de la tolerancia e incluso del fomento del pluralismo. Yo creo que esto en Europa occidental por lo menos, se puede decir que lo hemos logrado bastante bien. Por tanto, deberá ser nuestro objetivo el integrar paulatinamente a los recién democratizados Estados de la Europa central y del este en esa red de cooperación, que existe ya desde hace bastante tiempo entre los países occidentales.

Hay muchas instituciones que están llamadas a participar y aportar su contribución a este proceso de apoyo a los países de la Europa central y del este. Esta emulación de las diversas instituciones es algo bueno y útil. Es particularmente importante el que la Comunidad Económica Europea se haya decidido a desempeñar un papel coordinante y dirigente. Nosotros queremos participar lo más posible en sus programas lo mismo que en los proyectos de la OCDE, de la CEPE y de la AELI. Nos alegra también el nuevo valor que se está dando al Consejo de Europa como símbolo y cuna de los Estados de derecho y de la democracia.

Pero al lado y por encima de estas diversas instituciones, debe sin duda existir una organización que pueda ver todas esas cuestiones y actividades en un contexto mucho más amplio, y para ello, sin duda, la CSCE tendrá que desempeñar un papel irremplazable.

Me parecería peligroso que no nos ocupásemos de los problemas a los que me he referido sino después de haber resuelto todos los aspectos militares de la política de seguridad y de las correspondientes medidas para el fomento de la confianza. El nuevo Centro de Prevención de Conflictos, por lo tanto, debería empezar su trabajo rápidamente y estar pronto en condiciones de funcionar.

El Tratado firmado ayer sobre la reducción de las fuerzas convencionales ha creado la condición previa para lograr que en este continente se cree un orden de paz eficaz para todos. Los principios del proceso de Helsinki no han perdido su utilidad para esta labor constructiva. Será necesario tejer un entramado compuesto de elementos de desarrollo económico y social que contenga los elementos de los derechos humanos individuales y colectivos de la seguridad interior y exterior, y todo ello entramarlo de manera elástica y duradera. Habrá que estudiar, además, una interpretación moderna de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Ahora, en este momento, debemos ser plenamente conscientes de que con la superación de la división de Europa, no hemos asegurado por completo un futuro feliz.

Tenemos que ser conscientes de que la mayoría de las tareas a realizar, deberán realizarse por los propios Estados europeos, pero también debemos tener plena conciencia de que, como nos muestra la historia del presente siglo, no hay nada más nocivo que dejarse llevar por la ilusión engañosa de que la realidad europea debe o puede excluir a América del Norte o a la Unión Soviética. Estos países están unidos por el destino a nuestro continente. Olvidarlo sería peligroso para ellos y peligroso particularmente para Europa. La ventaja de este proceso iniciado en Helsinki y que se prosigue con esta conferencia de hoy, tendrá en cuenta debidamente estas realidades.

Gracias, Señor Presidente.

